

1

Las naves ponían proa hacia el sur con un suave viento a favor que las acunaba sobre las olas, como un perezoso monstruo marino con olor a vómito seco y carne a punto de pudrirse. Cien, ciento veinte naves, quién lo sabe con exactitud, lanzadas hacia un destino tan cierto como seguro: conquistar Aquitania para la corona de Inglaterra y restaurar, así, el orden exacto de las cosas, retornar a la naturalidad de lo que debe ser, al perfecto posicionamiento de los hombres y los territorios. Porque así era como debía ser, como Dios había dispuesto que fuera. Nos limitábamos a seguir sus dictados, a servirle fielmente, pues a una nación temerosa de su poder nos sometíamos.

Caía el mes de mayo y acabábamos de dejar atrás Southampton. Mis conocimientos de la lengua castellana, imprecisos en algunos aspectos y no tan exhaustivos como

quisiera, me habían llevado hasta allí. Yo, que no era soldado ni estratega, que desconocía las artes de la guerra hasta tal punto que era necesario disimularlo para no caer en vergüenza ante los hombres, me hallaba inmerso en uno de los lances más singulares de mi vida. Observaba, desde la popa, a la marinería faenando vivazmente con tal ahínco, que parecía encaminar cada uno de sus esfuerzos, de sus movimientos, hacia un fin conveniente pero indeterminado para mí. Todo aquello lo acometía con una insólita sensación de incertidumbre y falta de precisión. No me encontraba en mi mundo natural, ni nada sabía en torno a lo que las acciones militares emprendidas por nuestro rey se refería. Me preguntaba, en suma, si aquél era un buen destino para mí. Poco había cruzado, era justo reconocerlo, las fronteras de Inglaterra. Poco suponían, pues, mi experiencia y mis conocimientos. Tan sólo un largo viaje a Salamanca y mi insana curiosidad por aprender lo que es de otros, lograron que accediese a la lengua de los castellanos. Torpes y faltos de rutina, mis conocimientos, pues hacía unos cuantos años, demasiados quizás para mantener una certeza inquebrantable, debían convertirse ahora en el único puente establecido con aquellos a los que pronto acompañaríamos. Así las cosas, sobre el vaivén de abordó, mi único interés era hallarme a la altura de las circunstancias.

Vi todos los barcos alineados a lo largo del muelle de Southampton y hasta mucho más allá. Algunos de ellos se hallaban fondeados una o dos millas mar adentro y, todos, ofrecían un espectáculo espléndido: ésa era la grandeza de Inglaterra. Bastantes naves, la mayoría, eran de tripulación y bandera castellanas. El rey Fernando las había enviado vacías para hacerlas regresar con nuestra tropa abordó. Nuestro rey, Enrique, su yerno, no contento con ellas, mandó sumar unas cuantas más. Y aún se

capturaron las que por allí arribaron en los últimos días antes de la partida. Todo ello para ponerlas al servicio de la corona y de sus más nobles fines. Porque no de otra forma podía ser denominada nuestra misión: reconquistar Aquitania. Lo que una vez fue nuestro, era nuestro para siempre, decía Enrique. Así sería. Diez mil hombres prestos para el combate y más de un centenar de naves zarpando majestuosamente rumbo a la costa norte de Castilla se abrían camino entre las suaves olas del final de la primavera. Nuestra flota sólo tendría un fin, de eso estábamos seguros los que en aquel momento nos hacíamos a la mar, y ése sería, no podía ser en modo alguno de otra forma, la justa y rápida victoria.

Con nosotros, en las bodegas, transportábamos arcos y picas. Poco más. Estábamos casi indefensos ante nuestros enemigos, pero era sabido entre la tropa que eso no había de ser un problema: éramos, por decirlo a la manera tradicional, la mano que empuñaba la espada. Y la espada, era el rey Fernando el encargado de proveerla. Ese había sido el acuerdo establecido entre nuestros soberanos. Íbamos con las manos desnudas y los más hermosos atuendos de batalla. Fernando pondría armas terribles en nuestras manos y altivos caballos castellanos entre las piernas. Llevaríamos la devastación al sur de Francia. Haríamos nuestra aquella tierra lejana. Gloria para la corona de Inglaterra.

En el día anterior, a la hora de soltar amarras, con sol aún desperezándose, una fina lluvia empañó la magnificencia del momento. Debimos interpretarlo como un presagio de lo que después nos habría de sobrevenir, pero no fue así. Una extraña mezcla de alegría y ansiedad mal contenidas empañó los augurios. Pero la suerte, y aunque bien era cierto que nunca fui dado a las creencias alejadas de la fe y basadas en poco más que la superstición, estaba

escrita. La lluvia oscurecía la tibia mañana y empañaba el horizonte. Ése y no otro era nuestro destino: la desdicha más infame que nos llevaría por el camino de la perdición.

Algunos hombres de los que se quedaban en tierra y que habían sido parte del numeroso grupo de braceros que, a lo largo de semanas de duro trabajo, contribuyeron a aprovisionar las naves con todo lo necesario para el viaje y los primeros días de estadía en las tierras castellanas, ayudaron a soltar las amarras y se quedaron allí, quietos, absortos, despidiéndonos con austeras agitaciones de las manos, mostrando las palmas abiertas y sucias, llenas de callosidades e inmundicia. Parecía leerse en sus rostros la desazón ante la incertidumbre que nos aguardaba. Una incertidumbre patética, insana, atroz.

Mi calidad de intérprete de la expedición, hizo que el mismísimo Thomas Grey, marqués de Dorset y Capitán General de nuestro ejército, me quisiera en su nave. El mar estaba tranquilo y soplabá un viento suave del noroeste que engrandecía el velamen. La ruta era simple: siempre hacia el sur bordeando toda la costa francesa. Los casi diez mil trescientos hombres de la expedición se repartían con calculada precisión a lo largo y ancho del mar. Las naves portaban en sus entrañas lo que Inglaterra aportaba a la campaña: nueve mil soldados ingleses y, cómo no, los que se ocupaban de su cuidado y acicate: del alma, del sentido y, desde luego, del estómago. Y, no lo olvidaré, seiscientos mercenarios germanos que acudieron ante el rey y se interesaron por la empresa. Raudos, Enrique los incorporó al ejército de los suyos. Los germanos, bien era sabido, luchaban frente al enemigo con fiereza y hasta la muerte. Tal punto alcanzaba esta bravura, que nuestros propios hombres, aliados en esta empresa, les temían lo suficiente como para que, con buen juicio, Dorset los dispusiera en barcos separados del resto

de la tropa. Tan sólo les acompañaban en el viaje la marinería castellana y un par de oficiales ingleses al mando, y eso bastaba.

Las evoluciones de la expedición parecían ir bien. Hacía unos días que habíamos cobrado la primera soldada. La tropa se sentía contenta y todos, sin excepción, hacían sonar las monedas en el fondo de sus bolsillos, un dinero ganado simplemente a cambio de su presencia y por el que ningún sufrimiento ni quebradero de cabeza había sido necesario intercambiar. Desventurados, se las prometían felices sin saber que muchos de ellos jamás regresarían a casa. La gloria prometida, la conquista, más, la reconquista de Aquitania para la corona de Inglaterra, se había de convertir en un itinerario de horror y sangre, de olvido y mentiras. Pero ellos, ahora, nada sabían de lo que estaba por llegar. A pesar de la lluvia incesante, la primavera templaba ya lo suficiente las cubiertas de las naves como para que la temperatura abordo fuera, cuanto menos, agradable. Se abrían varios barriles de cerveza al día y se bebía con generosidad. Los oficiales, lejos de censurar tal actitud, la consentían e, incluso, en ocasiones, era alentada con palabras de ánimo o, al menos, mediante omisión del ejercicio de su autoridad. Hombres en estado de ebriedad entrechocaban entre sí al tratar de caminar por las cubiertas desiguales y surgían pequeños conflictos que el propio alcohol y el arrullo de las olas se encargaban de apaciguar. Los oficiales consideraban las borracheras de abordo como un mal menor. Demasiados hombres con demasiado tiempo sin nada que hacer. Al menos, entre la bebida y los juegos de azar o destreza que, a su calor, surgían en cada rincón de los barcos, las horas se hacían más cortas y parecían desaparecer a poco que no se pensase demasiado en ellas.

Dorset y sus oficiales trazaron el rumbo dejándose guiar en todo momento por los patronos castellanos de los navíos. Entre los unos y los otros, considerando la fuerza del viento y la bonanza del clima, calcularon en no más de veinte jornadas de navegación el tiempo necesario para alcanzar la costa de Castilla. Tan sólo había que dejarse llevar, les oí decir en varias ocasiones, satisfechos, orgullosos. Se jactaban de que la buena suerte estaba de su parte porque aunque así no lo fuera, Inglaterra sabría dar los pasos necesarios para encontrarla. Arribaríamos a la península por el norte, quizás en San Sebastián, y situaríamos nuestro ejército cerca de la frontera francesa. El plan era simple. Enrique había otorgado a Dorset instrucciones precisas: debía esperar a los hombres de Fernando y recoger la entrega de las armas y los caballos prometidos. Después, una vez que Fernando hubiera provisto, penetraríamos tras la frontera y haríamos nuestros, sin tardanza, todos los territorios hallados en el camino: Aquitania, aquella tierra yerma que durante tantos años había sido inglesa y que los franceses, aliados con el mismo demonio, habían arrebatado traicioneramente a sus legítimos dueños.

En ocasiones, nuestro barco se acercaba tanto a los que viajaban cerca de nosotros que podíamos escuchar las conversaciones de los hombres sobre la cubierta. Algunos polemizaban en torno a asuntos de poca importancia y todos trataban de conseguir que las horas pasasen de la forma más rápida posible. Animados por la cerveza, incluso en su ausencia, los hombres tenían en la charla una diversión que, si bien intrascendente, ayudaba de forma notable a pasar el tiempo. El tema preferido en los debates se centraba en, por supuesto, la empresa a la que íbamos a prestar todo nuestro esfuerzo y en cuyo camino ya estábamos de forma inexorable. Los soldados fantasea-

ban con las riquezas de Aquitania que habrían de repartirse como botín de guerra, de sus mujeres, de su clima templado y muy alejado de la lluvia que, en aquellos momentos, les calaba tan profundamente: aunque se cobijaran durante todo el día y toda la noche bajo toldos o improvisadas casetas fabricadas con barriles de cerveza vacíos, los huesos comenzaban a dolerles hasta tal extremo que las articulaciones se anquilosaban y hasta el más leve movimiento se convertía en causa de dolor.

La tropa, a pesar de todo, se mostraba optimista, y lo era en tal manera y de forma tan alejada de una percepción sensata, que no contemplaban, siquiera, la posibilidad de que los franceses fueran a ofrecer la mínima resistencia. Pensaban, lo pensaban de verdad, que la conquista de Aquitania sería un paseo triunfal de miles de hombres a caballo arrasando y destruyéndolo todo a su paso. A fin de cuentas, nosotros éramos ingleses y el enemigo, tan sólo, franceses infectos por los que sentían menos afecto que por los piojos que plagaban las bodegas de las naves que nos transportaban. Francia no era un enemigo digno de ser denominado como tal, y si, en el pasado, sufrimos derrotas a sus manos, no sucedió porque la bravura de Inglaterra hubiera sido puesta en cuestión, sino por circunstancias adversas y un tanto abstractas que consiguieron que el devenir de los sucesos aconteciera de la forma en que lo hizo.

Día a día, barril de cerveza a barril de cerveza, Francia y los franceses iban disminuyendo de tamaño y gallardía, de capacidad para la defensa de su territorio y de, simplemente, inteligencia para darse cuenta de que todo estaba perdido para ellos. Los nuestros adquirieron por costumbre mofarse con desdén de la pusilanimidad francesa y, poco a poco, aquello se tornó en el centro de todas las conversaciones.

Francia, por supuesto, mucho me temí que no compartía en absoluto los puntos de vista de nuestros hombres. No sabíamos, entonces, si se estaban preparando para la defensa. No lo sabíamos, al menos, los que, como yo, ostentábamos cargos de nula responsabilidad en las estrategias de la guerra. Dorset y sus oficiales, por el contrario, a buen seguro rumiaban que la batalla no sería fácil. No obstante, no lo dejaban entrever y mantenían, en sus escasas relaciones con la tropa rasa, un talante desafiante que no dejaba a los hombres resquicio para la duda: conquistaríamos Aquitania, y cada francés, hombre, mujer o niño que se interpusiera en nuestro paso, sería horadado por la punta de nuestras lanzas.

Días después, avistamos la costa francesa y, rápidamente, el patrón castellano de nuestra nave dio orden de alejarse mar adentro. Estaba claro que no quería tentar a la fortuna. Él no se hallaba tan seguro como los oficiales ingleses de que la suerte estaba siempre del lado de los buenos y de los piadosos. Sabía del poder de los franceses y de que era mejor no correr riesgos innecesarios. Navegar unas cuantas millas mar adentro no perjudicaba a la ruta establecida, no demoraba la llegada ni obligaba a efectuar grandes rodeos. No existía, pues, motivo para exponerse. El resto de las naves, a indicaciones de la nuestra, nos siguió mar adentro. A pesar de todo, una flota de las características de la nuestra, jamás pasaba desapercibida. A buen seguro, los franceses nos habían avistado y estaban, ya, informando del movimiento de tropas. Pues nada de otra naturaleza podían estar transportando más de cien buques sigilosos con rumbo desconocido y que, a pesar de navegar relativamente cerca de la costa, en ningún momento mostraron interés por acercarse a ella, sino al contrario, al avistarla, viraron y se alejaron en el horizonte. La voz, Dorset lo sabía, se corría por toda Francia: algo

misterioso sucedía y para hacerle frente habían de estar preparados.

Los franceses de buena voluntad, las gentes llanas que no ofrecieran resistencia, serían respetadas y sus haciendas sujetas al tributo de la corona inglesa. Poco había, pues, que temer de nosotros. Aquellas tierras eran nuestras en igual medida que cualquier otra tierra inglesa. Esa era la opinión de Dorset y la justificación a la empresa. De igual forma que los castellanos habían expulsado a los árabes de las tierras que estos habían poblado durante siglos, pues pertenecientes a Castilla por designio de Dios eran y no propiedad de infieles venidos de lugares infames, nosotros, Inglaterra representada en nuestras tropas y nuestras armas, recobraría lo que, por derecho, había sido suyo desde tiempos inmemoriales. Dorset así lo entendía y, por supuesto, esto lo convertía en creencia obligada para todos y cada uno de los miembros de la expedición.

Un disturbio se produjo en uno de los barcos que portaban a los mercenarios germanos. Como temimos desde el principio, su carácter pendenciero no condujo a nada bueno. Un marinero castellano fue arrojado por la borda en medio de una disputa y rápidamente se hundió sin dar tiempo a sus compañeros para rescatarlo. Uno de nuestros capitanes de infantería, Lord Willoughby, testigo de la reyerta por hallarse abordo en calidad de máxima autoridad inglesa en la nave, dispuso, con prontitud, que el agresor fuera detenido y puesto bajo arresto. Los germanos, gregarios y constantes en sus obcecaciones, ofrecieron resistencia al arresto y el mismo agresor blandió su arma ante el rostro sin que nadie hiciera nada por reducirle. Tuvo que ser el propio jefe de su horda quien le arrestara sin miramientos. Le obligó a envainar la espada y ordenó que permaneciera en la bodega, acompañado

siempre por dos vigilantes que se turnarían a lo largo del resto del viaje, hasta que, una vez en tierra firme, Dorset dispusiera un justo castigo.

La marinería castellana no se sintió satisfecha con el arresto y sintió temor y preocupación abundantes, más aún teniendo en cuenta que los motivos que tuvo el germano para arrojar a su compañero por la borda, eran nimios y absurdos y se limitaban a una obstrucción en el paso cuando aquél quiso caminar siguiendo la línea que una tabla trazaba sobre la cubierta de la nave. Observando que los miedos de los castellanos no remitían, Willoughby hizo que subiese abordo un grupo de soldados ingleses con el cometido firme de evitar más incidentes de este tipo. Los germanos tomaron este hecho como una provocación y Willoughby hubo de amenazar con perder definitivamente las abundantes soldadas con las que el rey de Inglaterra agraciaba a los mercenarios, para aplacar su ira.

Mientras tanto, en ése y otros barcos, algunos de los hombres comenzaban a presentar, además del ya conocido anquilosamiento de los músculos, los males propios de la navegación en alta mar. No eran, ninguno, gentes acostumbradas a viajar sobre la cubierta de un barco y fueron presa de mareos y vómitos. Siempre, a cualquier hora, en medio del día o de la noche, podían observarse una o dos figuras maltrechas apoyadas en la borda y vomitando con violencia más allá de ella. Muchos, los que en más lamentable estado se hallaban, se sentían incapaces, incluso, de alcanzarla a tiempo y vomitaban sobre la cubierta o en la propia bodega, dejando, así, toda la nave impregnada de un hedor maloliente que, con los días, fue tornándose en putrefacto.

Los médicos, a pesar de lo mucho que estudiaron el estado de los hombres, no observaron nada excepcional y

corroboraron lo conocido: los síntomas eran los propios de los que se hacían, siendo de tierra adentro, a la mar abierta. La prueba de ello estaba ante los ojos de todos: los marineros castellanos, aunque comían de la misma despensa y bebían de idénticos barriles, se encontraban en perfecto estado de salud y nada en ellos hacía presumir que, pronto o tarde, fueran a caer presas del malestar que dominaba a la tropa inglesa.

Con la intención de aliviar los mareos, a los hombres cuyo estado se volvía más alarmante les fueron dispensados cuidados especiales. Cuidados que, por otra parte, se limitaban a evitar la deshidratación ofreciéndoles raciones adicionales de agua y frutas frescas. Algunos se aliviaron y otros continuaron en idéntico estado o empeoraron. Incluso, cuando algunos conseguían sanar y recuperar parte de las fuerzas perdidas en los accesos por la borda, nuevos hombres que hasta entonces habían soportado el vaivén de las naves con mayor o menor entereza, caían presa de los vértigos y era necesario asistirles en su padecimiento. Nada, en cualquier caso, evitó que un fuerte hedor a vómito pendiera, como suspendido del aire, sobre nuestras cabezas y no nos abandonara durante el resto del viaje.

Comenzaron a rondar, saltando de nave en nave, rumores que afirmaban, no supe si con fundamento o en ausencia de él, que la marinería castellana aprovechaba el mal estado de salud de muchos de los nuestros para hacer acopio de víveres y robar cuanto a su alcance se encontrara. Los oficiales ingleses trataron de poner orden y evitar, así, enfrentamientos innecesarios que sólo nefastas consecuencias podrían acarrear para nosotros, incapaces como éramos, en la mayor parte, de gobernar una nave de esas características sin hacerla zozobrar antes de pocas horas. Los castellanos eran gentes amigas y así había de quedar

explícito en cada una de nuestras acciones. Por interés y por convicción. Nuestros monarcas eran familia y nuestros pueblos estaban hermanados por tal regia alianza. Tanto era así que, a excepción de unas cuantas naves aportadas a la expedición por nuestro propio rey y algunas más apresadas a los franceses y a los que, convirtiéndose así en enemigos de Inglaterra, trataban de comerciar o establecer vínculos con ellos, el grueso de la flota que trasladaba a nuestra tropa tenía origen castellano. Naos provenientes todas ellas de la costa cantábrica, robustas y amplias, construidas para alojar mercancías y navegar muy lejos de puerto, en aquellos momentos albergaban la carga más preciosa de Inglaterra: su ejército.

La marinería era experta y se conducía con soltura en alta mar. El patrón castellano de la nave apenas precisaba dar órdenes a sus hombres. Estos parecían saber en todo momento qué era lo que había que hacer y así lo disponían con presteza. Pernoctaban, casi todos, en mejor condición que la nuestra, bien situados al abrigo del viento y la mar, entre cubiertas y dotados de grandes comodidades. Era por ello que los nuestros se quejaban y, si se pensaba con detenimiento, no les dejaba de asistir la razón: nuestro país pagaba, y generosamente, el alquiler de estos barcos construidos en origen para la pesca de la ballena y el bacalao, con la sola misión de que las tropas inglesas fueran transportadas, sanas y salvas, a tierras castellanas. No era, en consecuencia, justo, que nuestros soldados, al menos los más destacados de entre ellos, tuvieran que hacinarse en los rincones más infectos de la embarcación. No lo era. Y, sin embargo, así sucedía.

Algunos hombres, siendo yo el único miembro de la expedición que hablaba el idioma de la marinería, se dirigieron a mí con incesantes enojos. Se me ordenó, entonces, que trasladase estas quejas al patrón de la nao.

Así lo hice en cuanto tuve ocasión de ello. Lo llamé por su nombre y solicitó, con una amable sonrisa en los labios, que aguardara un poco hasta que finalizase la faena que tenía entre manos. Así lo hice y, cuando pudo atenderme, lo hizo mostrando en todo momento gran interés. Por supuesto, prometió hacer algo al respecto. Era su deseo, y el de su propio rey, que los ingleses fueran tratados de la mejor de las maneras posibles. Me explicó que debía comprender, y que así debía trasladárselo a nuestro Capitán General, que una nave suponía un espacio reducido en el que se hacía necesario conformarse con la escasez y la incomodidad. Le respondí, utilizando todas y cada una de las expresiones de cortesía que conocía en el idioma castellano, que agradecía su consideración y aceptaba, cómo no, las explicaciones obtenidas, pero que nuestro Capitán General se sentiría mucho más satisfecho si la situación de nuestra tropa pudiera mejorar, cuanto menos, mínimamente. Ahí quedó nuestra conversación y, cuando Dorset me pidió que le rindiera cuentas, le señalé lo que pensaba: el patrón castellano no iba a hacer nada al respecto y la desigualdad entre la marinería y la tropa inglesa se iba a mantener a lo largo de todo el viaje. Dorset pareció pensárselo, pero después me indicó que no insistiese, incluso si nuestros hombres volvían a mí con quejas y resquemores. Decidió, no me cabe duda, que era mejor aguantar por unos días la humillación de saberse desdenados antes que arriesgarse a abrir una herida en la que poco teníamos que ganar y sí mucho que perder.

La monotonía reinante hizo que los rumores y las habladurías continuaran vivos entre los hombres: los españoles robaban nuestras provisiones en cuanto podían. Realmente, no sé hasta qué punto pudo ser esto verdad después de observar con detenimiento el estado en el que ellos se encontraban abordo y en el que nos hallá-

bamos nosotros: a todas luces, su posición era mucho mejor. No necesitaban robarnos porque ya disponían de todo lo que les era necesario. Se bastaban y se sobraban y, si me apuraba en la reflexión, podría llegar a señalar que deberían ser los nuestros quienes hurtaran de lo suyo. Pero el hastío y la inactividad estaban haciendo mella en la tropa y traían, como consecuencia, retorcidos pensamientos e ideas descabelladas a las mentes de nuestros hombres.

Los mareos se volvían cada vez más frecuentes. La mitad, o más, de nuestra tropa vomitaba por la borda en un espectáculo atroz. A veces, cuando las olas se encrespaban más de lo normal, apenas era posible hallar un hueco en la borda para sacar, por ella, la cabeza al exterior de la nave. Así las cosas, algunos hombres se sentaban en la cubierta y vomitaban dentro de los cubos destinados a la limpieza. Su presencia se aparecía lamentable y dolía de verdad verlos en aquel estado y saber que nada, o muy poco, se podía hacer por ellos. La única solución para estas lastimosas circunstancias era tomar tierra. Entonces, sólo entonces, desaparecerían los síntomas provocados por el azote de las olas. Pero hasta llegar a Castilla no tocaríamos puerto. Aunque hubiera sido de vital necesidad, nuestro Capitán General habría ordenado hundir las naves antes de hacer tierra en territorio francés. Morir ahogados era una muerte preferible a la que los salvajes franceses nos depararían si consiguiesen atraparnos. Mientras el momento de arribar a Castilla llegaba, cada cual debería, como mejor pudiera, sobrellevar la situación.

Lo más enervante de todo esto se significaba al observar cómo, mientras los nuestros se arrastran moribundos por el barco, los castellanos hacían su vida normal como si los males acaecidos no fueran con ellos. Era desa-

zonador observar, día a día, su suficiencia al cruzarse con nosotros. Se afanaban en sus labores y, mientras, nos miraban con una mezcla de desprecio e indiferencia que conseguía que a algunos nos hirviera el alma. Dorset pidió, hasta en dos ocasiones, calma, y apeló a la brevedad del viaje. Si los vientos nos eran favorables y la mar se mostraba en calma, como así estaba sucediendo por fortuna, pronto arribaríamos a puerto. Mientras, deberíamos sobreponernos a la humillación de vernos limitados en nuestras capacidades físicas y, más grave aún, de tener que soportar la hilaridad castellana. Esto último era lo más difícil, pues el orgullo inglés no permitía, bajo ningún concepto, la puesta en cuestión de la gallardía de ninguno de nosotros. En cualquier otra situación, la respuesta de los que aún sanos se conservaban habría sido una y muy explícita: un severo castigo que ejemplificase ante la marinería sobre cómo se paga el desafecto a lo inglés. Una vez más, Dorset prefirió, con gran espíritu diplomático, tragarse el honor ante la posibilidad de crear desavenencias con los que eran parte esencial en esta fracción primera de la campaña. Ya habría tiempo, dijo, de formular las quejas oportunas una vez en tierra cuando nuestra dependencia de los marinos castellanos hubiera menguado notablemente.

No creo que en ningún momento la marinería sintiese algún afecto especial por la tropa inglesa. Creo que se sentían privilegiados en muchos aspectos. Su concepto de nosotros no debía de ser superior al de chusma extranjera sin capacidades notables a la vista y carentes de toda habilidad para la vida marítima, algo que, a ojos de hombres que habían pasado más tiempo en sus vidas sobre la cubierta de madera de un barco que en tierra firme, debía ser motivo de desprecio infinito. El hecho de acudir casi completamente desarmados a la batalla, no añadía posibi-

lidades al juicio. En varias ocasiones, sorprendí algunos comentarios en los que se nos trataba como estúpidos ingleses que se dirigían a una muerte segura. Ellos, claro, desconocían la provisión que Fernando nos entregaría en cuanto alcanzásemos la frontera aquitana. Mientras tanto, supongo que no estábamos mostrando lo mejor de nosotros mismos.

Algunos hombres se encontraban muy mal y maldécían el momento en el que fueron enrolados en esta expedición. A esto, debían sumar la desgracia de saberse atrapados en medio del mar y tener, a no ser que prefirieran ser abandonados en un bote a su suerte en medio del golfo, que soportar el nefasto viaje hasta el final previsto. No había, pues, otro remedio que aguantar como buena mente se pudiera. El hedor del vómito recorría toda la nao y algunos oficiales comenzaron a salir a cubierta con el rostro cubierto con un paño. Ni siquiera el viento que siempre soplaba y que nos hacía, jornada a jornada, ganar millas hacia nuestro destino, ayudaba a disipar la pestilencia: había quedado impregnada en la propia cubierta de las naves y, a pesar de que se fregaba con asiduidad, la hediondez estaba con nosotros, en nuestros cuerpos, en nuestras ropas, dentro de las narices.

En una de estas interminables jornadas de viaje, cuando los castellanos se hallaban ya en aguas que les eran familiares, tuvimos ocasión de observar una escena que, por ser todos nosotros hombres de tierra adentro y desconocedores de lo relacionado con la vida en el mar, nos asombró como pocas veces en nuestras vidas había sucedido. Uno de los marineros que guiaba la nave gritó varias veces tratando, así, de llamar la atención de sus compañeros. Tuve dificultad para comprender lo que decía, pues los marineros tenían la costumbre de hablar entre ellos en una jerga indescifrable para mí, de manera

que, ante el requerimiento de varios de los nuestros para que les tradujese lo que el castellano voceaba, me sentí incómodo y dubitativo. Por fin, preferí preguntar antes de facilitar a los míos una información errónea. He de decir en mi descargo que me era en extremo dificultoso comprender toda la jerga náutica que los marineros usaban entre sí, pero, he de admitir también, que el oscuro dialecto en el que se expresaban los marinos era totalmente impermeable para mí.

Me hallaba recibiendo las informaciones requeridas cuando una visión hizo que todo lo demás fuera superfluo y que cayera, en ese mismo instante, en la cuenta de todo lo que estaba sucediendo y que al marinero excitaba en tal manera como para pregonarlo a voz en grito: muy cerca de nosotros, por estribor, una ballena resoplaba.

Estas gentes que nos llevaban rumbo a Castilla y que, al menor descuido, se mofaban de nuestra torpeza en el mar, no eran sino, todos ellos, pescadores que alquilaban sus servicios, por dinero y por temor, al rey Fernando. Su labor principal en esta vida, para la que vivían y para la que morían, se resumía en la caza de la ballena, animal de dimensiones insospechadas y muy abundante en todo el golfo. Según la época del año, me explicaron más tarde, se hacía posible observarlas mientras migraban desde el Mar del Norte hasta las aguas más cálidas de la costa cantábrica, donde, por lo general, se reproducían antes de volver, con la primavera, a aguas septentrionales.

La ballena se movía lenta y pesarosa, no temiendo nada de nosotros. Parecía no tener prisa y su descomunal cuerpo se hundía despacio bajo la superficie para, un poco más allá, volver a surgir resoplando con fuerza. Respiraba el mismo aire que nosotros, dijo un marinero, y no pude dejar de pensar cuán extraño era que lo que ahora estaba

dentro de los pulmones de la ballena, pronto podría estarlo en los míos. A fin de cuentas, aquella criatura nada tenía en común con ningún animal que inspirase aire conocido por mí y, mucho menos, con un ser humano. Dios, a veces, camina por vericuetos demasiado inextricables.

Los tripulantes, de repente, prorrumpieron en gritos y alborozos. No sabíamos de qué se trataba y yo ya había desistido de tratar de comprender lo que los castellanos se decían los unos a los otros, así que, en silencio, observamos con mucha atención para tratar de comprender. Pronto lo descubrimos: tras la ballena, con un ritmo intenso y acompasado, una pequeña embarcación la perseguía con tenacidad. No eran más de diez o doce hombres sosteniendo, cada uno de ellos, un gran remo que impulsaban con ambas manos. En la proa de la embarcación, el que parecía ser el patrón de la diminuta nave, marcaba con su voz el ritmo a los remeros. Trataba, o así nos lo parecía, de regular sus fuerzas para conseguir alcanzar a la ballena antes de que éstas se malgastasen en aproximaciones baldías.

Los marineros de nuestro barco habían abandonado todos sus quehaceres cotidianos y se agolpan en la borda para observar el espectáculo que, a buen seguro, no les era ajeno. Pude notar en sus expresiones cierto sabor nostálgico ante una actividad que, con certeza, significaba la suya. Comprendí, entonces, el pesar que suponía en ellos tener que cargar con nosotros y perder el tiempo en actividades tan poco emocionantes pudiendo estar dedicados, en cuerpo y alma, a la caza de aquellos majestuosos animales.

El patrón de la embarcación, mientras tanto, se situó, de pie, sobre la proa. Estaban ya muy cerca de la ballena y ésta casi se había detenido. El patrón empuñó un

pequeño arpón y lo sostuvo en tensión sobre su hombro. Aguardó unos momentos en silencio, quizás esperando que el animal le mostrase el flanco adecuado y, por fin, con el único impulso de su brazo, lanzó el arpón con tal precisión que fue a clavarse en la carne de la ballena. El ataque, aunque fatal, no evitó que el animal tardase bastante tiempo en sucumbir. Para entonces, la embarcación se le había acercado lo suficiente para que nuevos arpones impactaran sobre ella desangrándola irremisiblemente. Las heridas trajeron la muerte y el mar se tiñó de rojo. Hubo gritos de alborozo entre los pescadores.

La marinería castellana se sumó a la algarabía. Proferían exclamaciones de ánimo y, en medio de ellas, un marinero se dirigió a mí, y excitado, me explicó de dónde había surgido la pequeña embarcación que había dado caza a la ballena: llegaba directamente desde tierra firme donde, en un puesto destacado, un vigía debía haber avisado al gran animal y dado, entonces, la voz de alarma. Los pescadores no se lo habían pensado dos veces y, a golpes de remo acompasados por el ritmo que imprimía sobre ellos el patrón con su voz parsimoniosa, se habían hecho a la mar tras ella dándole alcance y muerte. El vigía de nuestra nave, en ese preciso instante, puso palabras a la intuición que me embargó. Sólo debimos girarnos en la dirección que él apuntó, para contemplar tierra firme. Castilla estaba al alcance de la vista.

Mi nombre es John Rowley y mi sueldo en esta empresa fue desde el primero al último, de seis peniques diarios. Queda dicho para los que, en el futuro, quieran saber de nuestra ventura.

2

Costeamos hacia el este durante unas pocas millas bajo un intensa y penetrante lluvia. A pesar de que faltaba poco para la llegada del verano, el viento soplaba frío y cortante. Las manos se me habían secado y comenzaban a abrirse pequeñas heridas en los nudillos que sangraban a ratos, obligándome a manejarme con cuidado para no ensuciar mis enseres. Hacía frío y el ambiente era muy húmedo. Los huesos comenzaron a dolerme y tuve, durante varios días, dificultades para sentarme y volver a ponerme en pie. Por suerte, el fin del viaje estaba próximo. Unas horas, poco más, y podría comenzar a poner remedio a mis males en tierra firme.

Alcanzamos Pasajes a primera hora de la tarde. La bocana del puerto natural, vista desde el mar, parecía extremadamente angosta, como una grieta abierta por accidente en una montaña descomunal que se enterraba

en el mar con violencia y extrema verticalidad, de manera que se volvió necesario contar con la ayuda de los marineros locales para que nos mostraran el camino correcto entre las rocas. Varios de ellos acudieron en nuestro auxilio al observarnos indecisos. Se trataba de la rutina habitual. Aventurarse a cruzar la bocana sin conocer con precisión el orden de las rocas y los arrecifes bajo la superficie del agua, se transformaba, nos dijeron, en una imprudencia que había tenido como consecuencia que no pocos insensatos hubieran terminado con sus naves en el fondo de la bahía. El paso, a pesar de todo, fue complicado. Había que penetrar muy despacio, sin perder en ningún momento de vista las indicaciones de los lugareños. Estuvimos, durante toda la operación, enteramente en sus manos. Si lo hubieran deseado, con suma facilidad nos podrían haber dirigido hacia un arrecife oculto bajo el agua y permitir que el casco de nuestra nao se quebrase en él abriendo tal vía de agua que irse a pique fuera cuestión de escasos minutos. Podrían haberlo hecho y entretenerse mirando al abrigo del puerto mientras las naves restantes, fuera, en mar abierto, poco podrían hacer por evitarlo. Por suerte, nuestra marinería, conocida para ellos, nos identificó desde el primer momento como naves amigas. No hizo falta nada más. Con suma paciencia, los barcos se agolparon en el exterior aguardando el turno para entrar enfilados, uno a uno, muy despacio e intimidados por olas de considerables dimensiones que rompían en las rocas de las riberas levantando la espuma a la altura de tres o cuatro hombres.

Una vez dentro, el puerto se mostraba amplio y suficiente para contener sin estrecheces todas nuestras naves. Después de tantos días de penurias en alta mar, era agradable sentirse al abrigo de las montañas y en aguas calmas. A pesar de hallarnos en tierras extranjerías, lejos,

muy lejos de casa, aquel lugar nos pareció tranquilo y apacible, con grandes similitudes a nuestra patria: pastos verdes, ganado rumiando con parsimonia en las lomas, una suave bruma que cubría los amaneceres y casas bajas de piedra y madera en las que, a juzgar por el humo que brotaba de las chimeneas, siempre se encontraba encendido el hogar.

Los lugareños, al contemplar el solemne desfile de naves, parecieron asombrados. En sus rostros curtidos por la sal del mar, sólo pudimos leer sorpresa. Desde luego, no nos esperaban. Nadie se había dirigido, al parecer, a ellos para ofrecerles noticia de nuestra llegada. Nos miraban desde las riberas sin moverse ni realizar gesto alguno. Gentes tiesas, como palos hundidos en la arena, enjutas, sombrías y silenciosas. A pesar de todo, no inspiraban desconfianza. Parecían estar ahí, como parte misma del paisaje, con las palmas de las manos mirando hacia el interior. Sólo los niños que merodeaban sin nada que hacer, se aprestaron, con júbilo, a levantar los brazos en señal de bienvenida. Yo, como ellos, sin tarea alguna a mi alcance antes de tomar tierra, me entretuve correspondiendo a los saludos desde estribor mientras la marinería se afanaba en las maniobras y la tropa comenzaba a preparar el desembarco.

Dorset estaba deseoso de anunciar nuestra llegada al rey Fernando. Esa se aparecía como su principal prioridad y nada, en su mente, había más importante ni más urgente que ofrecer el anuncio de nuestro arribo. Esperaba con ansiedad la venida de las armas para emprender, cuanto antes, la empresa. Quería, y todos con él, llegar, vencer y partir prestos de regreso a casa con las noticias de la victoria. Nada nos ocupaba, nada nos retenía en aquellos parajes distinto a la guerra pronta y triunfal. Creo que, incluso, llegó a pesar en ella como en

un trámite molesto que se hacía necesario cumplimentar cuanto antes para regresar a Inglaterra y recibir los justos reconocimientos por la anexión conseguida. En unos minutos, Dorset había dispuesto una pequeña partida de hombres para descender a tierra. Nuestra nao, una de las primeras en entrar en el puerto, se hallaba amarrada junto a una pequeña ensenada en la que se levantaban varias casas que conformaban un diminuto núcleo urbano. Junto a Lord Howard, Teniente General de la expedición, varios hombres de su guardia personal y yo mismo realizando mi trabajo de intérprete, descendimos a tierra y tratamos de entablar contacto con las autoridades locales.

Me dirigí a los primeros hombres que, con aspecto de pescadores, hallamos en nuestro camino. Eran gente ruda, pero con traza honesta y, una vez salvado el inicial desconcierto y habiéndonos presentado como amigos, extremo sobre el que, con seguridad, estaban avisados pues la noticia en torno a nuestra naturaleza había corrido con presteza por toda la población, nos atendieron gustosamente. De nuevo, la jerga que aquellas gentes utilizaban entre sí, se me hacía incomprensible, pero, por suerte, la lengua castellana no les era ajena. Traté, por todos los medios, de que se me indicara el rumbo para contactar con quienes les gobernaban. No nos costó demasiado esfuerzo dar con ellos, un par de hombres gordos y viejos que se anunciaron como miembros del concejo municipal, y, otra vez, contemplé el desconcierto dibujado en sus rostros. Acababan de enterarse de quiénes éramos y desconocían por completo, hasta que nosotros les informamos de ello, cuál era la misión que hasta allí nos traía desde tierras lejanas. No obstante, estaban acostumbrados a tratar, debido a su condición porteña, con gentes ajenas venidas de tierras lejanas, de modo que se apresuraron a acogernos una vez claras nues-

tras intenciones honorables. Dorset puso especial énfasis en que tradujese correctamente estas palabras: no estábamos allí para agredir a los castellanos, que eran amigos y aliados de Inglaterra, sino para tomar posiciones de cara a la inmediata invasión de Aquitania y su posterior incorporación a la corona de Inglaterra.

Acompañados por los miembros del concejo y algunos lugareños que se unieron de manera espontánea al pequeño grupo, caminamos por los alrededores buscando un lugar apropiado, amplio y llano, en el que dar alojamiento a nuestro ejército. No se trataba de tarea sencilla encontrar aposento para un ejército de las dimensiones del nuestro, mucho menos en unas tierras como aquellas, dobladas siempre sobre sí mismas y encrespadas hasta límites insospechados, pero después de varias indagaciones y de rechazar varias posiciones que los nuestros descartaron por encontrarlas escasas de espacio y lejanas a cualquier curso de agua dulce, Rentería, a tan sólo una milla del puerto y cinco o seis de la frontera francesa, se atisbó como el lugar idóneo. Los miembros del concejo insistieron mucho en que eligiésemos esta opción. Sabían, con experto juicio, tratar en la manera más conveniente para ellos a los extranjeros. En Rentería, los de Pasajes nos mantendrían alejados de sus casas y sus mujeres, pero lo suficientemente cerca para acudir a diario hasta nuestro emplazamiento y mercadear con los alimentos frescos que tanto y con tanta prontitud necesitábamos.

Rentería disponía de terreno extenso en sus inmediaciones y un río cruzaba el pueblo de parte a parte con agua dulce en la abundancia necesaria para aprovisionar a diez mil hombres. Al mismo tiempo, los bosques cercanos, frondosos y extensos hasta donde se perdía la vista, nos surtirían de madera con la que construir refugios y leña para el fuego. Por si esto no lo revelara ya como enclave

propicio, el hecho de disponer de acceso marítimo directo tan sólo siguiendo el puerto hasta el final, hizo que Dorset no lo dudase más: parte de la carga podía ser transportada en barcazas desde nuestras naves al campamento. Hubo, no obstante, por cuestiones de protocolo y cortesía en las que Dorset insistía continuamente, que comunicar nuestra llegada a los gobernantes renterianos y, previa muestra de las acreditaciones provistas por el rey Fernando, solicitar, como trámite necesario de cubrir, el permiso necesario para establecernos, por un tiempo corto, en sus tierras comunales. Resultaba algo burlesco que nosotros, los enviados de Inglaterra, el ejército del rey, capaz de aplastar por la fuerza cuanto se pusiera a su alcance y someterlo, sin demora, a las leyes inglesas, tuviese que presentar urbanidad ante aquellos campesinos desarrapados y hambrientos, pero Dorset fue siempre tajante en este aspecto: nuestra condición de aliados de Castilla y el respeto a su rey y a la promesa de proveer todo lo necesario para iniciar la invasión de Aquitania, imposibilitaba cualquier acción ofensiva, por mínima que ésta fuera, hacia los naturales de la tierra. Estábamos recibiendo ayuda de una nación amiga, decía Dorset, y había que dejar clara la consideración de Enrique en todo momento.

Ocupamos el resto del día en refugiar todas las naves. Las primeras en amarrar, comenzaron la descarga de víveres y enseres y los trasladaron a pequeñas barcas alquiladas mediante trato con los miembros del concejo. Éstas, con el solo impulso de un hombre o, a lo sumo, dos, emprendían camino puerto adentro hacia Rentería. Ya parte de la tropa inglesa, para entonces, se había desplazado hasta allí y, con las escasas armas de las que disponíamos, se dedicaba a guardar lo nuestro del pillaje. No había razones para desconfiar, y no había, muchos menos, que dar la impresión de presumirlo, pero tampoco

para no proteger, cuanto menos con la presencia de unos cuantos hombres armados, lo que era nuestro y merecedor de codicia. El alma humana brotaba idéntica en cualquier lugar del mundo y jamás hacía ascos a lo que de valioso podía ser conseguido sin esfuerzo, dijo Dorset.

Rentería era un pequeño pueblo de campesinos y pescadores, unas cuantas casas apiñadas en torno a un diminuto amarradero en el que únicamente embarcaciones de escaso calado podían atracar. El Capitán General, empeñado en causar las mínimas molestias posibles a la población, había elegido, por ello, un emplazamiento algo apartado de las moradas para establecer el campamento. Las compañías inglesas se obligaban a desarrollar su actividad en él y no abandonarlo sin permiso ni razón aparentes. Esto debía ser respetado en todo momento y sin salvedad alguna, de manera que, desde el primer instante, ordenó que se establecieran turnos de guardia y se avisase a los capitanes sobre cualquier eventualidad que quebrase la disposición. Así pues, para evitar que nada ni nadie entrara o saliera sin el permiso oportuno, centinelas, en turnos de cuatro horas, se apostaban en diferentes lugares del perímetro del campamento.

Bajo una lluvia fina e incesante, comenzamos a trabajar. Un poco de actividad a aquellas alturas, no hizo ningún mal a nuestros hombres a pesar de que las tareas propias de asegurar las posiciones, construir empalizadas y cercamientos y levantar las tiendas de los oficiales no fueran del agrado de nadie y menos con la lluvia empapándonos y entumeciendo los músculos. Si, al menos, la lluvia hubiera cesado en algún momento ofreciéndonos, así, el alivio necesario para encender fuego, secar nuestros ropajes y comer algo caliente, el descontento en los hombres no sería de la magnitud del que, entonces, encendía a la mayoría de ellos. Como me halla-

ba eximido de todo trabajo manual, con la intención de ocupar mi tiempo y aprender, si acaso, algo de la comarca y de las gentes que la habitaban, me dirigí a los lugareños los cuales, con curiosidad, se acercaban hasta nuestra posición para observarnos. Entablé conversación en varias ocasiones y me aseguraron que, en absoluto, ese clima era habitual en aquella época del año. De hecho, muchos rogaban por que cesara pronto la lluvia y no pocos habían implorado a los santos vernáculos para que intercedieran ante la petición: las hortalizas estaban aún en los sembrados y el exceso de agua podía echarlas a perder. De cualquier forma, los renterianos miraban al cielo y, después de reflexionar durante unos instantes, afirmaban que pronto escamparía y llegaría, de una vez, la calidez del verano. Todos, allí, parecían saber predecir el tiempo.

Por la tarde, con discreción, acompañé a William Sands, el tesorero de la partida, al núcleo urbano. Necesitaba que le asistiese en la búsqueda de alguna casa, segura y discreta, en la que guardar el tesoro que con nosotros viajaba desde Inglaterra custodiado en todo instante por hombres apercebidos en la importancia del contenido de las arcas. Porque Inglaterra, decía Dorset, estaba dispuesta a pagar hasta el último penique de los gastos que su presencia en Castilla ocasionase. Debíamos reconocer y respetar a los castellanos, no sólo evitando violentar sus pertenencias y a ellos mismos, sino también pagando un precio justo por cada una de las cosas que tomáramos, bien fueran alimentos, armas, animales o enseres de intendencia.

Pero Dorset creía, no supe si con criterio acertado, que el tesoro no se hallaba seguro en el propio campamento inglés y que era mejor ubicarlo fuera del alcance de la tropa. Supongo, pues no se hacía necesario elucubrar demasiado para llegar a tal conclusión, que nuestro

Capitán General no se fiaba del todo de sus propios hombres y, aunque esto ya supusiese aventurar posibilidades, no creo que se refiriera con exclusividad a la tropa llana. Así que Sands y yo fuimos a tantear a los renterianos y, después de dirigirme a algunos de ellos, sobre todo a los que, a pesar de la brevedad del tiempo de permanencia en sus tierras aún transcurrido, había tomado confianza cuanto menos para poder entablar una conversación en términos de amabilidad y correspondencia, nos fue ofrecida una casa espléndida en un punto ligeramente alto de la población. Disponía de visibilidad hacia los cuatro puntos cardinales y sus anchos muros y escasos vanos la convertían en ideal para nuestro fin.

Sus dueños me sugirieron, después de consultarlo entre ellos en su idioma, un alquiler que Sands, magnífico tesorero, consideró, tras efectuar las pertinentes operaciones para conseguir la conversión a la moneda inglesa, excesivo. Así me lo dijo en inglés y así se lo transmití yo en castellano a los dueños de la casa. En un primer momento, se mostraron reacios a rebajarlo. Negaban con la cabeza y se apresuraban a recitar, mirando a Sands pero dirigiéndose, en realidad, a mí, las bondades de la morada. Incluso, nos arrastraron para que volviésemos a observar, más despacio, los aposentos que ya antes habíamos contemplado con un detenimiento más que suficiente. Sands, por su parte, se mostró inflexible e insinuó la posibilidad de que, en caso de no menguar el precio del alquiler, el tesoro se alojase en otra ubicación distinta de aquella.

Los renterianos, cuando se dieron cuenta de que existía una posibilidad más que real de que diésemos por rota la negociación y buscáramos nuevos interlocutores y nuevos emplazamientos para la tesorería de la expedición, parecieron pensárselo y, al final, bajaron el precio. La can-

tividad rebajada fue, en verdad, mínima y a Sands le seguía pareciendo muy elevado el alquiler, pero hubo de reconocerme, en inglés, que el sitio le parecía inmejorable. Él, a fin de cuentas, era el responsable máximo del tesoro, de su administración y de su seguridad. Por todo ello, disponía de suficiente autoridad para decidir según su propio criterio dónde éste debía ser ubicado. Me daba cuenta de que sabía que aquella era una ubicación excelente, y que quería hacerse con ella, lo cual no era razón para no intentar hacerlo al mejor de los precios y condiciones posibles. Fue franco conmigo cuando me preguntó si, en mi calidad de conocedor de la lengua de nuestros interlocutores, era capaz de mermar la oferta. Yo, siendo igualmente sincero, le respondí que en modo alguno. Sí, me sentía capaz de regatear a fondo y sin perderme en los vericuetos de la argumentación, pero no creía que ni yo, ni nadie en el mundo, fuera capaz de rebajar más la propuesta que los renterianos daban por definitiva. No tenía la mínima duda, y la prolongación de la estancia entre los castellanos y el habitual trato con ellos no hubo sino de darme la razón, de que eran gente muy testaruda que prefería perder un negocio antes de establecerlo en condiciones consideradas injustas para ellos.

De modo que Sands no se lo pensó más y cerró el trato. A continuación, nos dirigimos caminando por la ribera, hasta el lugar del puerto en el que se hallaba atracada la nave que portaba el tesoro. Buscamos una barcaza entre las decenas de ellas que se afanaban en portar nuestras pertenencias hacia el campamento y, después de cargar todas y cada una de las arcas y de cubrirlas discretamente con varios paños oscuros que ocultaron su naturaleza, remontamos el puerto hasta Rentería. No resultó dificultoso hallar un par de hombres dispuestos a realizar el trabajo a cambio de unas monedas. Una vez en

la casa, el tesoro fue albergado en una de las habitaciones interiores y de más complejo acceso desde el exterior. Mandamos llamar, entonces, a un capitán para que dispusiese los turnos de guardias necesarios y apostase cuantos hombres creyera oportunos para custodiar el tesoro, pues lo que en aquella habitación se encontraba no era otra cosa que la garantía del éxito de nuestra empresa.

A nuestro regreso, el embajador que el rey Fernando había enviado para recibirnos se había presentado ante Dorset, pero éste, incapaz de entenderse con él en su lengua, le agasajó con cerveza inglesa y le rogó que aguardara mi llegada. No nos demoramos demasiado. Hacía falta menos de media hora de camino para alcanzar el campamento desde el núcleo urbano de Rentería. El embajador, un hombrecillo frágil y con un tono de voz que fluía lento y parsimonioso, me mostró su extrañeza por el enclave elegido para situar el campamento. Buen conocedor de la tierra, alegó varias veces que las inmediaciones de San Sebastián, ciudad mejor comunicada y con una superior dotación de servicios por ser ésta el centro comercial de la comarca, hubieran supuesto una opción más adecuada. Dorset escuchó con atención mi traducción de las opiniones del embajador pero, amablemente, le dijo que San Sebastián nos alejaba demasiado de la frontera con Francia y ésta era, a todas luces, nuestro objetivo inmediato.

El embajador, ocultando con dificultad su desencanto, se apresuró a invitarnos, en nombre del rey, a realizar una, cuanto menos breve, visita a la ciudad para conocerla en persona. Dorset, que prefería centrarse sin dilación en nuestra campaña y prepararlo todo cuanto antes para la pronta invasión de Aquitania, accedió no obstante temiendo que rechazar una oferta así podría ser

considerada como una descortesía con la que no quería comenzar las relaciones directas con los castellanos.

Junto al embajador y varios miembros del Consejo, la junta de hombres encargada de asesorar la gestión de Dorset y, si se volvía necesario, revocar su mando, viajamos unas cuatro millas hacia el oeste. San Sebastián era, como bien había señalado el embajador, una población bastante grande. Se asentaba en torno a una bahía con una pequeña isla en su parte central que le ofrecía un aspecto pintoresco. Un río de notable caudal desembocaba en sus cercanías. Mas el terreno, arenoso y apenas firme, hizo pensar a los miembros del Consejo que habíamos tomado la decisión correcta. Ni los terrenos eran propicios ni la distancia a cubrir con la frontera francesa la adecuada. No se necesitaban mayores cavilaciones. Rentería era un buen emplazamiento y si de modificar la situación del campamento se tratara, ésta sería siempre hacia el este, hacia la frontera francesa. Dorset, que no entendía que se pusieran trabas a la efectividad militar de la empresa, no quería demorar ni un día más de lo imprescindible la invasión, así que, sin perder las buenas maneras y la cortesía, pidió al embajador que no insistiese más y que diera por buenas las decisiones del ejército inglés. Rentería era su elección y ya había cientos de hombres desbrozando el claro de un bosque para ganar espacio e instalar con mayor comodidad los bienes y las tropas de Inglaterra. De hecho, cuando regresamos, unas horas después de nuestra visita a San Sebastián, en la que tuvimos que saludar una a una a todas las autoridades locales, que eran muchas y de muy variados talantes y percepciones sobre nuestra misión y en torno a las que hubo que departir con amabilidad por más tiempo del que, con certeza, Dorset habría estado dispuesto, el campamento comenzaba a tener trazas reales de su condición. Se había

ganado gran espacio al bosque y, con los troncos de los árboles abatidos, se estaban construyendo empalizadas y apostando nuestras defensas. Las tiendas de los oficiales ya se hallaban levantadas y muchos de ellos se guarecían de la incesante lluvia en su interior. La oficialidad era la única que, junto a los religiosos que nos acompañaban para atender las necesidades del espíritu, el tesorero y una docena más de personas cuyos cometidos se consideraban esenciales para el buen transcurso de la expedición, tenían derecho a ellas. Por suerte, y vistas aquellas condiciones climáticas, me sentí contento de pertenecer a este último grupo y pude secarme y sentir la calidez de unos ropajes limpios en mi cuerpo. Pese a todo, la humedad ambiental hacía que los huesos no dejaran de dolerme en ningún momento y continuaba con los nudillos agrietados y sangrantes. Miraba, desde el interior de mi tienda, al cielo y rogaba a Dios para que en éste disipara pronto los sombríos nubarrones que traían la pertinaz lluvia y llegara, por fin, el sol del verano.

El embajador portaba una misiva de Fernando que, una vez abierta, me fue entregada para su traducción. En ella, el rey aseguraba que en breve llegarían hasta nosotros las tropas del duque de Alba, hasta ocho mil hombres, las cuales, además de prestar sus brazos y su fuerza, traerían consigo las armas y los caballos que a nosotros nos faltaban y que constituían el único elemento que nos restaba operatividad. No era necesario nada más. Armas y caballos. Una vez en nuestro poder, el ejército de Alba podía volver por donde había venido. Así me lo indicó Dorset y así se lo transmití al embajador. Agradecíamos en gran manera la cordialidad y disposición de las tropas castellanas, pero los diez mil hombres ingleses nos bastábamos para arrasar, por nuestros propios medios, Aquitania.

El Capitán General se mostró muy complacido con las noticias y así se lo hizo notar al embajador. Haría llegar la noticia de la buena disposición de Fernando a nuestro rey y no escatimaría halagos ante la presteza de actuación tras nuestro recibimiento. Dorset me obligaba a traducir una por una sus palabras, como si temiese que algo no quedara lo suficientemente claro. En realidad, la cruda verdad, era que estábamos en sus manos y sólo de su determinación en armar nuestro ejército dependía el éxito de nuestra misión. Pero entonces Dorset no creía que fueran a surgir problemas. No en vano, nuestros reyes tenían establecidos entre sí vínculos de sangre que a la lealtad familiar obligaban. De hecho, que Alba llegara hasta nosotros con ni más ni menos que ocho mil hombres dispuestos a auxiliarnos en la batalla, fue interpretado por el Capitán General como una muestra más de aceptación y receptividad por parte castellana. Todo iba a ir bien y, con un poco de suerte, el sol se abriría camino en el cielo y ayudaría, con su calor, al súbito avance de nuestras compañías.

La noticia se dispersó con rapidez entre los hombres. Habían venido hasta estas tierras lejanas para entablar batalla y devolver a la corona inglesa lo que siempre fue suyo. Se haría justicia y los franceses, enemigos de la cristiandad, caerían bajo nuestra fuerza. Los ánimos, un tanto menguados tras el azaroso viaje y el acoso de la lluvia, volvían a estar altos y aquella misma noche no hubo racionamiento de la cerveza. Se volvía necesario permitir ciertas alegrías a los nuestros para evitar que cayeran en el desánimo permanente. Alba estaba en camino y, con él, nuestras armas. La victoria estaba cerca, decían los hombres como si la sola venida del armamento trajera asociada la inmediata incorporación de Aquitania a la corona inglesa. Muchos de ellos consideraban también, tal

era la baja estima en la que teníamos a los franceses, la invasión como un puro trámite. La euforia de Dorset parecía estar contagiándoseles.

Después de los festejos y varias horas tras la anochecida, la tropa se echó a dormir en el primer lugar que encontró disponible. Ellos no tenían tiendas y debían pernoctar a la intemperie. Si el clima estuviera respondiendo como era de esperar, el calor, mediado el mes de junio, debía ser el suficiente para evitar que los nuestros padecieran los males que ya, en aquellos primeros días de estancia en tierras de Castilla, estaban sufriendo y que hacían que la enfermedad hubiera hecho acto de presencia.

Unas cuantas ramas provenientes del desbrozo, unos helechos, unos matorrales o, incluso, varias piedras dispuestas con habilidad, bastaban para construir pequeños refugios en los que pasar la noche y que, una vez amanecía, se abandonaban a su suerte y era necesario recomponer, en muchos casos volver a construir desde el principio, cuando llegaba de nuevo la oscuridad. Así, empapados de agua y ayudados por las propiedades de la cerveza, la soldadesca dormía y, mientras tanto, la lluvia seguía calando sus cuerpos.

Por supuesto, habida cuenta de lo descrito, se limitaba a la capacidad y dedicación de cada uno el encontrar las mejores condiciones para la pernoctación. Algunos, los más holgazanes, confiados de que muy pronto entraríamos en batalla, decidieron no realizar ningún esfuerzo que no les reporta inmediata compensación. Dormir dos o tres días a la intemperie cubriéndose con unos cuantos helechos arrancados en el momento de tumbarse en la hierba, no hacían daño a nadie, decían. Eran hombres recios y acostumbrados a las penurias, en ocasiones de tal intensidad, que jamás alguien apocado y con cierta tendencia a la

acomodación como yo habría soportado. No en vano, para muchos de ellos no se trataba ésta de su primera batalla. Pero, entrada la noche, al abrigo de mi tienda y sintiendo arreciar las tormentas en el exterior, me entraban dudas sobre si muchos no hubieran preferido ser más previsores y no tener que lamentar, después, sus erradas decisiones. Por suerte, no todo había de ser desolación y, a veces, muy de tarde en tarde, escampaba. Todos, sin excepción, aprovechaban, en el campamento, para encender hogueras en torno a las que secar sus ropajes. Por desgracia, la lluvia lo había calado todo hasta tal punto que no quedaba, en todas las inmediaciones, una sola brizna de paja sobre la que prender una llama y se volvía necesario recurrir a los renterianos para aprovisionarnos de leña seca que nos cobraban, a nuestro juicio, a precios descabellados. Muchos hombres, hartos de estar continuamente mojados, gastaron la soldada de un día en un haz de leña que se consumía en menos de una hora. No obstante, parecían sentirse satisfechos con la calidez que ésta, al menos durante un rato, proporcionaba.

A pesar de todo, las cosas podían ser aún peores: una gran montaña que los propios del lugar denominaban Jaizquibel y que, desde el propio puerto de Pasajes, se extendía bordeando la costa hasta la misma frontera francesa, nos guarecía de los vientos furibundos del mar. Dorset quiso que, dada su posición estratégica, tres hombres se apostaran en su cumbre en turnos de medio día para, desde allí, poder observar, al unísono, el mar y nuestra posición. De esta forma, si naves enemigas se acercaran con sigilo y la intención de sorprendernos, seríamos avisados por nuestros vigías y tendríamos tiempo de sobra para hacerles frente. Eso en caso de que los franceses, que a buen seguro estarían tomando medidas para repeler la inminente invasión, emprendieran, aun-

que Dorset consideraba remota la posibilidad, un ataque preventivo por mar. Si así lo decidían, lejos de solucionar sus problemas, el ataque les acarrearía consecuencias, y de dimensiones insospechadas. La invasión de Castilla sería respondida, no sólo por nuestras tropas acampadas en la costa, sino por un ejército de enorme poder: las tropas de Castilla y Aragón que, a una y dirigidas por Fernando, acabarían con las escaramuzas en menos de una semana.

Dorset, no obstante, prefería no dejar nada al azar y disponer previsión sobre todo. Tal era la importancia que dio a la defensa de nuestras tropas mientras éstas se hallaran al sur de los Pirineos, que ordenó que un capitán, James Framlingham, se ocupara siempre y en persona de supervisar la defensa del campamento, hecho muy inusual que causó no poca estupefacción entre los miembros del Consejo, pues para tal menester solía bastar un oficial de infantería al frente de una docena de soldados elegidos con buen criterio.

En la mente de Dorset estábamos dibujados como un gran ejército cuya única razón de existir era la victoria, pero no por ello dejaba de recelar de todo y de casi todos. No se hacía infrecuente encontrarlo despierto a altas horas de la madrugada en su tienda, alumbrado por un par de exiguas velas, elucubrando y deliberando junto a alguno de los capitanes que había tenido la desdicha de perder casi toda la noche de sueño para tratar asuntos que bien podían ser resueltos por la mañana. Incluso yo mismo fui requerido en al menos media docena de ocasiones para resolver temas nimios y faltos de toda premura: encontrar el significado exacto de un término, traducir unas líneas para el correo del día siguiente, explicar el sentido de una expresión de uso cotidiano. Así que, en medio de la lluvia y arropado por una manta que me arro-

jaba sobre la cabeza cubriéndome casi por completo, corría hasta su tienda y resolvía las cuestiones antes de que me hubiera dado tiempo a sacudir el barro de mis pies. No una vez ni dos demoré, dentro de lo posible, el ofrecimiento de la respuesta que ya había encontrado en el primer vistazo. Temía que mi celeridad en responder rebajase la importancia del asunto planteado y que eso, a ojos de Dorset, fuera considerado como un cuestionamiento de su capacidad como estrategia y regidor máximo de los destinos de la campaña.

Siempre decía que la previsión suponía una de las más importantes cualidades militares. ¿Quién era capaz de asegurar que los franceses no disponían de espías e informadores infiltrados entre los naturales de la región? ¿Quién afirmaría sin temor a equivocarse que algunos de ellos, codiciando las suculentas recompensas con las que, a buen seguro, estaban premiadas las informaciones precisas y certeras sobre la auténtica dimensión y capacidad de nuestro ejército, no serían capaces de acercarse hasta los mismos lindes del campamento y, aparentando ser pacíficos lugareños, tomar cumplida anotación de todo lo que estaban observando?

Por ello, el ataque debía ser inminente. Cuanto más tiempo transcurriese, mayor sería la capacidad francesa para organizar una defensa. En nuestras oraciones de aquellos días, se incluyó una para propiciar que Alba encontrase el camino despejado hasta nosotros y llegara con la prometida artillería cuanto antes. Mientras, éramos un ejército prácticamente desarmado que ocupaba el tiempo guareciéndose de la lluvia y buscando leña para el fuego.

3

Cuando se cumplió la primera semana de presencia en Castilla, toda nuestra actividad se reducía a esperar la llegada del duque de Alba. Habíamos completado la instalación del campamento y nada más restaba por hacer. Los hombres se encontraban con las manos vacías, impacientes, deseosos por emprender cuanto antes la campaña en Francia. Aquitania nos estaba esperando y ya era demasiado el tiempo que ocupábamos sin nada útil que aportar a la corona inglesa.

Alba, por su parte, no daba señales de vida. Desde que, días atrás, el embajador nos entregara la misiva de Fernando en la que se aseguraba que su hombre se acercaba hacia nuestra posición, no habíamos vuelto a tener noticias del ejército castellano. Ocho mil hombres caminando hacia el norte se debían hacer notar allá por donde

pasaran, pero por mucho que, ante la insistencia de Dorset, interrogara a los lugareños por la posibilidad de que ellos tuvieran noticias sobre su avance, nadie parecía saber nada. Al contrario, se extrañaban de que los movimientos de tropas, tanto las nuestras como las suyas propias, no hubieran sido anunciados con antelación. Las autoridades locales se preciaban de disponer de inmejorables fuentes informativas que, al parecer, permanecían mudas desde hacía semanas.

El ejército del duque de Alba viajaba hacia el norte. Esa era la única certeza que teníamos y, de no estar rubricada por la propia mano de Fernando, siquiera ésa sería creíble a estas alturas. Howard, sin más datos que la pura deducción, elucubraba que quizás no estuviera más lejos de Logroño. Pronto, la intuición se convirtió, a base de repetirlo tantas veces como interlocutores quisieran escucharla, en percepción firme y lejos de toda discusión: Alba se encontraba en las inmediaciones de Logroño y era cuestión de días, a lo sumo una semana más, que alcanzara nuestra posición. Su lentitud en el avance se debía más a la necesidad de viajar despacio, pues arrastraban con ellos todas las armas y los caballos que habrían de ser nuestros a su llegada, que por causas de cualquier otra índole.

Mientras tanto, los lugareños comenzaban a sentir confianza en nosotros. Acostumbrados a vivir en el margen de uno de los puertos naturales más importantes de todo el golfo, el trato con extraños venidos de lejos no se les aparecía dificultoso. A lo largo de los siglos, habían aprendido a convivir con los extranjeros que arribaban a sus tierras y, mucho más importante, a sacar beneficio de su condición portuaria. De este modo, hacía dos o tres días que los renterianos se habían dado en aparecer por el campamento y, después de solicitar el permiso oportuno a los centinelas y apercibidos estos de que los lugareños

desarmados y en pequeños grupos serían siempre bien recibidos entre nosotros, penetraban en el interior, no sin cierto azoramiento al principio pero, una vez superadas los embarazos iniciales, dotados del aplomo digno de un auténtico inglés.

Su intención era, claro, mercadear, primero con nuestros oficiales y, después, directamente con toda la tropa. Traían consigo los productos frescos que las hueras, en aquellos días húmedos, ofrecían copiosamente. Acompañados de una o dos mulas con la carga repartida en sus lomos, los renterianos llegaban solos o, a lo sumo, acompañados de los miembros varones de la familia. Jamás, y en esto había que reconocerles cierto juicio, una mujer atravesaba los límites del campamento. Nuestros soldados eran ingleses pero hombres a la par, y tanto tiempo fuera de casa y sometidos a la recia disciplina militar impuesta por Dorset, unida al hastío que la inactividad provocaba en ellos, habría provocado, acaso, algún desagradable incidente que nadie quería estimular. Los renterianos debían haber experimentado, en el pasado, experiencias enojosas en este sentido, pues no facilitaron la oportunidad de que nada ocurriese. Eran, creo que ya se ha dicho, gente sencilla, algo primitiva y reservada pero alegre. Conocían, y la experiencia con Sands ante los propietarios de la residencia que ahora albergaba el tesoro buena muestra suponía de ello, convenientemente el arte de la venta y, al parecer, de idéntica forma a lo que sucedía en Inglaterra, era común entre ellos el establecimiento de ferias periódicas y ambulantes en los que el mercadeo, el regateo y las artimañas de los negocios se tornaban habituales.

Junto a los frutos y las hortalizas que con tanto placer recibían los paladares más selectos de la oficialidad y que, generalmente, se convertían en objeto de desprecio

por parte de la soldadesca, traían pequeños animales que nos aportaban la necesaria carne fresca para nuestra dieta: gallinas, conejos, patos, ocas y algunos faisanes que, una vez guisados por los cocineros de las compañías, se servían ensartados en palos de los que los hombres comían, sentados en el suelo o sobre una piedra, sin demasiado decoro, arrancando directamente con los dientes los trozos de carne, atrapados por una gula extraordinaria.

Previendo que la estancia en Rentería aún había de prolongarse por, al menos, varios días, los oficiales encargados de la intendencia solicitaron de los castellanos que el campamento fuera provisto de animales de mayor entidad. Así, muy pronto, vacas, bueyes, ovejas, cabras y toda aquella bestia con carnosidad suficiente para poder echársela al estómago, fueron adquiridas por nosotros ante la desesperación de Sands, que sentía cada pago como realizado con cargo a su fortuna personal, y repetía una y otra vez que aquellos gastos no estaban previstos y que, en consecuencia, cabía la posibilidad de quedarnos con las arcas vacías antes de completar nuestra misión. Tales aseveraciones, al llegar a oídos del propio Dorset, se tomaron como fuera de lugar y se descartaron por infundadas. Como el rey Enrique le había dicho en persona, el dinero no suponía una cuestión medible en esta expedición. Debería tratar de hallarse el precio justo para lo que adquiriéramos, pero, aún así, dispondríamos de todo el dinero que fuera necesario y, si el que habíamos llevado con nosotros se mostraba insuficiente, el rey Fernando, pues así estaba dicho, ofrecería el crédito suficiente para cubrir con creces las necesidades de la tropa inglesa.

Los renterianos, a los que ya se les unían lugareños venidos de los pueblos cercanos, mientras tanto, nos vendían todo lo que hallaban en sus huertas y establos, en

sus almacenes y bodegas. Todo entraba en el campamento y todo era adquirido sin dilación. Sands, con la misión de atender todas las demandas de pago, se había trasladado a la casa del tesoro de forma permanente y ocupaba una pequeña estancia en la que dormía a ratos siempre interrumpidos por las llamadas incesantes de los acreedores. El pobre hombre se sentía casi incapaz de realizar los pagos y anotarlos en la contabilidad que con suma rigurosidad llevaba asiento a asiento, pues cuando se ponía a ello, nuevos requerimientos para cubrir las deudas adquiridas en el campamento le impedían continuar con la tranquilidad necesaria que una labor como aquella precisaba.

Aprovechando un momento en el que cesó de llover y escampó dando paso a un reconstituyente sol de junio, salí del campamento con la intención de caminar hasta el centro del pueblo. El centinela, antes de alcanzarle, me saludó con la mano. Pareció haberme reconocido o, al menos, no intuyó en mí peligrosidad alguna. Cuando me acerqué a él, le devolví el saludo. Estaba mojado por la lluvia reciente y se había desprendido de la coraza para que ésta no acumulara agua en su interior que empapase, más aún, su cuerpo. Me miró con tristeza y cansancio. Vi en él a un soldado agotado que aún no había realizado nada de lo que hasta allí le había traído. Estaba roto y delgado, con el desencanto dibujado en su rostro. Al menos, me dije, los encargados de guardar el campamento tenían un quehacer que los mantenía ocupados. Peor era la situación de los demás.

Caminé siguiendo el curso de la marisma hacia la desembocadura. Rentería estaba situada en ese punto incierto en el que el agua dulce que bajaba de las montañas y la salada proveniente del mar, se entremezclaban sin que el resultado fuera la una o la otra. Unos peces,

gruesos y feos, nadaban en estas aguas de nadie. Se situaban a favor de la corriente y permanecían quietos con la boca abierta. Así, se alimentaban durante todo el día. De la forma más absurda, llenaban sus panzas con las inmunicias que arrastraba el curso del agua. Advertí a varios de los nuestros, que habían adquirido la costumbre de abandonar el campamento ahora que la vigilancia se había relajado para merodear por los alrededores, observando los peces para matar el tiempo. Algunos les arrojaban piedras y otros, con mayor iniciativa, organizaron improvisadas competiciones de pesca con lanzas. Los capitanes, que en un principio no se sintieron agrados ante esta actividad, irregular dentro del ejército, miraron finalmente hacia otro lado fingiendo no ser conscientes de la situación. Comprendían que en algo había de entretenerse la tropa mientras esperábamos a que llegasen los hombres de Alba. Y ensartar peces con la punta de una lanza no se erigía, en modo alguno, como la peor de las maneras de ocupar el tiempo.

Rentería se asentaba en torno a la ría arenosa que desembocaba en el puerto de Pasajes. No eran más que unas cuantas casas agrupadas en torno a un par de callejuelas lóbregas y estrechas. En las colinas cercanas, varios caseríos rompían la monotonía del verdor que todo lo dominaba. Tan sólo, allá a lo lejos, cerca de la frontera francesa, podían distinguirse algunas montañas con las cimas de roca pelada, a buen seguro, las primeras en la extensa cadena montañosa de los Pirineos. En la ría, un pequeño embarcadero servía de lugar de amarre para las embarcaciones de escaso calado con las que los lugareños se hacían a la mar. Se trataba, así lo atestigüé en el puerto de Pasajes y en el propio San Sebastián, de gentes experimentadas en el arte de la pesca que no hacía ascos a ninguna especie. El episodio de la ballena cuando nuestro

traslado desde Inglaterra tocaba a su fin, daba buena fe de ello. Ahora, ya en tierra firme, pude constatar que no sólo sabían explotar la riqueza del mar, sino que su comercio era habitual entre ellos.

Reparé en una barca de escasas dimensiones que se acercaba lentamente río arriba. En ella, al tiempo, pude distinguir una figura alta y oscura que, en pie, gobernaba la nave. A su lado, otra figura más reducida se afanaba con diligencia sobre algo que no conseguí distinguir. Aburrido como todos los hombres de la expedición, me entretuve, sentado sobre una roca que emergía de la arena, observando sus evoluciones durante un rato y tratando, de tan exigua apreciación, obtener alguna información sobre la naturaleza de estas gentes, de sus vidas y sus sentimientos. Cuando llegaron al embarcadero, la figura alta saltó con agilidad y atrapó un cabo que la otra, aún abordo, le lanzó con presteza. Amarró la barca y ambos comenzaron a descargar lo que, conjeturé, habían de ser las capturas del día. Al rato, con la carga a hombros repartida en sendos fardos de color gris, se alejaron internándose en el pueblo y desaparecieron de mi vista. Me mantuve allí, quieto, perezoso, tratando de hallar alguna conclusión de la escena que había contemplado. Nada se me ocurría. Dos pescadores de un pueblo perdido en los lindes de la civilización, daban por finalizada su jornada de trabajo un día más. Quizás eran familiares. Quizás padre e hijo. O hermanos. No lo sabía. Nada en su comportamiento me hizo hecho suponer que eran felices. Nada, tampoco, lo contrario.

Se acercaba el solsticio de verano y las noches eran ya muy cortas. La lluvia no cesaba ofreciendo, de cuando en cuando, exiguas treguas que no hacían sino exasperar más a los hombres al hacerles creer que cada una de ellas podía ser el definitivo advenimiento del estío para des-

pués, de nuevo, retornar el viento aullante y la lluvia fina y pegajosa. Entre lo uno y lo otro, a los soldados se les hacía difícil conciliar el sueño y descansar adecuadamente. Se les veía, en una imagen deplorable, durante todo el día arrastrando sus cuerpos por el campamento y echándose a dormir en cualquier lugar cuando el sueño les vencía. Se aprovechaba cualquier momento en el que la lluvia parecía remitir para tratar de dormir unas horas. La ausencia de tareas fijas, hizo que la indisciplina empezase a encontrar asiento en la tropa y comenzaron a darse pequeñas escaramuzas de insubordinación.

Dorset temía que el aburrimiento y el enfado de la tropa trajera como consecuencia el asalto y saqueo, en pequeños grupos o de forma organizada, de Rentería e, incluso, de las más lejanas Hernani y Oyarzun. Los nimios altercados sin importancia habidos hasta la fecha, habían sido atajados con prontitud y eficiencia por los capitanes de las compañías. Pero la inactividad, decía Dorset, suponía el peor enemigo del soldado y, si a esto se le añadía el hecho de encontrarnos aislados y prácticamente indefensos en tierra extranjera, la desconfianza aumentaba por momentos. No nos hallábamos en una situación propicia y el Capitán General se temía lo peor. Por ello me pidió que, en compañía de Thomas Dolling, un oficial artillero, me acercase al pueblo y tratara de establecer contacto con las autoridades locales para mostrarles su deseo de que no se produjeran altercados ni contiendas entre la tropa y los paisanos.

Como más tarde nos enteramos, ya era tarde para las buenas intenciones. Algunos de los nuestros, violando la orden de confinamiento en el campamento dada por Dorset e, incluso, el relajamiento de la misma que permitía moverse con libertad por sus inmediaciones, habían efectuado incursiones nocturnas en la localidad sembran-

do poco menos que el pánico. En medio de la lluvia, dos noches antes, cuatro hombres se aventuraron en la oscuridad hasta dar con una taberna. Entraron en ella y pidieron cerveza. Arrojando con soberbia varios peniques sobre la mesa, solicitaron ser atendidos por la mujer del mesonero. Éste, que se hallaba frente al negocio atendiéndolo, como siempre, desde el interior del mostrador, asustado, trató de mantener la compostura y les dijo que ni en aquel establecimiento servían cerveza ni el dinero inglés era útil para consumir en él. Mientras, envió, por precaución, a su esposa a la cocina.

Los soldados, entonces, solicitaron vino que, sin duda por temor, les fue servido a pesar de carecer de la moneda castellana exigida. Los nuestros, acostumbrados a ingerir la cerveza en grandes dosis, hicieron lo propio con el vino. El mesonero, que no quería complicaciones en su casa, resolvió acceder a todas sus peticiones y aguardar pacientemente a que los ingleses, satisfechos o borrachos, abandonaran pronto el pueblo y regresaran al campamento. Creyó que sus gritos y exigencias eran más producto de la bravuconería que de la verdadera peligrosidad, así que les fue sirviendo vino tantas veces como ellos se lo solicitaron y, cuando continuaron exigiendo que la mesonera fuera quien les atendiera, la mandó llamar con la esperanza de que, una vez cumplido su deseo, abandonasen la casa en paz sin crear mayores conflictos.

Nada más lejos de la realidad. Los soldados solicitaron más y más vino e hicieron correr más dinero inglés sobre la mesa. Comenzaron a abusar de la mujer y a tocarla indecorosamente. Por fin, el mesonero, hartado, consiguió superar su miedo y les pidió que se marcharan de inmediato. Los soldados, ofendidos por tal requerimiento, la emprendieron a golpes contra el hombre hasta dejarlo casi moribundo. Después, desnudaron a la mujer y la gol-

pearon con las manos abiertas por todo el cuerpo. Los pocos hombres que a aquellas horas se encontraban aún en la taberna, no supieron cómo reaccionar. A buen seguro, esta gente simple y temerosa de Dios, no sabía demasiado de refriegas pendencieras.

Por suerte, los soldados estaban demasiado borrachos para completar su fechoría con consecuencias irreversibles y no pudieron hacer nada más. Abandonaron la casa por su propia iniciativa y pie y, entre gritos y ruidos que alarmaron a toda la vecindad, no se supo más de ellos hasta que un pescador nocturno los divisó al rato dando tumbos sin rumbo cierto en medio de una loma. A buen seguro, la ebriedad les impedía, a pesar de que no había más que seguir una vereda clara a la luz de la luna, encontrar el camino correcto hasta el campamento. Esto, unido a su incapacidad para mantener la discreción y el silencio necesarios para hacer entrada en él sin despertar la curiosidad de los vigilantes, decidió su destino: vagaron por los alrededores en medio de la lluvia a la espera de que, una vez que amaneciera y hubiera menguado la euforia provocada por el vino consumido sin mesura ni costumbre, la entrada en el campamento fuera, en medio del trasiego cotidiano, más sencilla y sin consecuencias.

Cuando Dolling y yo le referimos, a nuestro regreso, la historia a Dorset, éste montó en cólera y mandó llamar a los capitanes de las compañías. La orden que les transmitió fue tajante: cualquiera que cometiera excesos o agresiones contra la población civil, sería castigado con la pena capital sin establecerse, en modo alguno, menguas en el castigo. Dorset no estaba dispuesto a que su ejército se convirtiera en una horda bárbara. Éramos, lo repetía una y otra vez, el ejército del rey de Inglaterra y caminábamos de la mano certera de Dios con un objetivo santo. Quien de este precepto desviara su atención, sería separa-

do de la partida por el método más expeditivo conocido: la horca. Aunque para ello debiera sacrificar a algunos hombres acaso excelentes para la batalla, el orden y la disciplina serían mantenidos.

Los capitanes difundieron con entereza la orden del Capitán General entre la tropa. Se mandó formar a las compañías bajo la perpetua lluvia y, uno a uno, repitieron las nuevas normas: horca para aquel que las incumpliese. Sin posibilidad de enmienda ni siquiera cuando el daño producido pudiera ser reparado por los medios que los ingleses teníamos a nuestro alcance. Horca para aquellos hombres que no se condujeran por el camino correcto que Dios y el rey de Inglaterra disponían para ellos. Horca para todos los que violasen la ley.

Y se dieron los pasos oportunos para que toda la tropa tomase cuenta de que nada de lo dicho era en vano. Ahora, a la desidia de los hombres, a las largas horas sin nada que hacer bajo la lluvia, a la moral minada, se unió una visión tenebrosa: Dorset había mandado, para paliar las indisciplinas, erigir un patíbulo en el centro del campamento. Varios hombres habían cortado cuatro árboles cercanos y, con ellos, una vez pelados de hojas y ramas, se había procedido a construirlo. Del poste central, una cuerda de cáñamo con un lazo en su extremo, colgaba ante la vista de todos. Se trataba de una disposición simple, con un tronco, el más sólido, clavado en la tierra a modo de soporte y otro, transversalmente, colgado de él y sujeto por varios soportes necesarios para que el eventual peso que hubiera de soportar, no acabara con la estructura en el suelo. El mensaje del Capitán General no podía ser más explícito: ese se cernía como el destino irrevocable que aguardaba a quien contrariara la disciplina militar y las órdenes de su mando. Incidentes como el de tres noches antes en la taberna, no volverían a reproducirse. Los súb-

ditos del rey Fernando debían ser respetados y sus haciendas conservadas. Cada uno de los soldados de la partida, debía guardar su ansía y su fuerza interior para los franceses. Entonces, en la batalla, habría tiempo para dar rienda suelta a todas las necesidades propias de los hombres recios. Mientras tanto, el patíbulo aguardaba a quien no quisiera contemplar lo señalado.

Lejos de toda actitud orgullosa, Dorset envió, con la primera luz de la mañana y antes de que los lugareños comenzaran la ocupación en sus quehaceres habituales, una comisión que, en su nombre y en el del propio Consejo, se había presentado ante los prebostes del municipio para ofrecerles sus más humildes disculpas. Solicitaron comprensión y, a cambio, prometían que nunca más, hasta el momento en el que las tropas inglesas abandonaran la tierra castellana, incidentes de aquella naturaleza volverían a repetirse. El Capitán General de la expedición inglesa, instituido en tal rango por el propio rey de Inglaterra, empeñaba su palabra para apuntalar la promesa. Después, la comisión se dirigió hasta la taberna donde tuvo lugar el desgraciado suceso y, sacando de la cama al convaleciente mesonero y a su esposa, allí mismo y de forma solemne, les habían entregado cinco ducados de oro en reparación de los daños causados y acompañados de nuevas disculpas por lo acaecido.

El silencio de la mañana fue testigo de todo. El acto había sido sencillo y terminó pronto. Los renterianos apenas habían pronunciado palabra y tan sólo acertaron a despedir a la comisión con un lánguido brazo en alto. Eso había sido todo. Después, los integrantes de la comisión regresaron al campamento y miraron la horca que se mojaba, solitaria y temida, bajo la lluvia. Parecía aguardar con paciencia el momento de ser alimentada. Los hombres y su cansancio miraban hacia arriba y observaban el

cielo cubierto de oscuras nubes grises. Las gotas de agua rompían en sus rostros y habían de entornar los ojos para que éstas no les cegaran. Ni las gaviotas volaban ya.

Mientras, continuábamos esperando a los hombres del duque de Alba. Algunos de los nuestros, los que habían renunciado, sintiendo inminente la partida hacia Aquitania, a construirse un refugio firme y estable en el que pernoctar protegidos de la lluvia, cambiaron de opinión y comenzaron el alzamiento de los mismos. Salían al bosque y se hacían con unas cuantas ramas y helechos. Parecía que, con esta actitud, habían comprendido nuestra difícil situación. Hartos de guarecerse bajo los árboles y con los ropajes siempre húmedos, se disponían a poner remedio a la incertidumbre. Allí nada ocurría y, mientras tanto, había que arreglárselas para que los días pasaran con la mayor liviandad posible. Las chozas que construían, a pesar del interés que en ello ponían, terminaban siendo muy elementales y un simple golpe de viento las derribaba sin dificultad. Carentes de cualquier noción de construcción, los soldados se limitaban a apilar las ramas formando una pirámide y cubriendo, después, los huecos con arbustos y helechos. Si se caían, y lo hacían frecuentemente, hasta una docena de veces al día, los soldados comenzaban a levantarlas de nuevo bajo la lluvia, como si entendieran aquel como su último fin en tierras de Castilla: alzar una y otra vez una pequeña casucha en la que, encogidos y helados de frío, tratar de que los días pasaran cuanto antes y anhelar que, por fin, en algún momento, algo relevante sucediera.

La cerveza y la carne en salazón se habían convertido, olvidado el pasatiempo de la pesca de los peces, en sus únicas distracciones. Las consumían en abundancia. Muchos de ellos acudían a las despensas y tomaban de ellas cuanto eran capaces de transportar hasta sus refu-

gios. Allí, sentados en el suelo y contemplando con la mirada perdida cómo la lluvia caía sobre las montañas cercanas, comían y bebían hasta dar cuenta de todo. Después, si aún conservaban apetito, regresaban a por más provisión y volvían a empezar. Por la mañana, en la tarde y una vez anochecido. Comían y bebían pues nada más había que hacer. Tal era su voracidad, que había corrido el rumor de que las existencias estaban comenzando a menguar preocupantemente. Pronto escasearían, decían en voz baja. Eso, lejos de ayudar, hacía que nadie en el campamento creyese ya que la misión que hasta tan lejos nos había traído, fuera a completarse en algún momento. Entonces, sólo entonces, comencé a ver los primeros casos de desesperación en los hombres. Lo que estábamos sufriendo era más de lo que muchos podían soportar. Había que entrar en batalla cuanto antes y Alba no llegaba.

Dorset, a quien no veía desde hacía un par de días pues apenas salía de su tienda y ocupaba la mayor parte del tiempo en interminables sesiones con sus oficiales y los miembros del Consejo, comenzaba a estar muy preocupado. Con la moral de la tropa hundida, emprender una campaña de guerra era un acto desquiciado. Sabía que la motivación de los soldados se instituía en esencial para el buen transcurrir de las batallas y, después de diez días de inacción desde que desembarcamos, la tropa había entrado en un estado de apatía que se renovaba con cada aguacero.

Por si esto fuera poco, los renterianos, que poco a poco volvían a visitar el campamento después de no hacerlo durante varios días después del incidente en la taberna, traían, además de la carne y la verdura, una cantinela que repetían una y otra vez: a ellos nadie les había dicho que preparasen la venida de los ingleses. Lo sabía-

mos hace tiempo, pues fue lo primero que nos dijeron cuando desembarcamos, pero tener que escucharlo continuamente mientras se encogían de hombros, se proyectaba descorazonador.

Con sumo tiento, trasladaba a Dorset, pues creía mi deber hacerlo, las noticias que iba recibiendo de boca de los renterianos y éste, lejos de sorprenderse, se limitaba a asentir en silencio. Debía sospechar, como sospechábamos todos ya desde hacía días, que algo extraño sucedía con nosotros. Dios Santo, éramos diez mil hombres y ése era un hecho irrefutable en sí mismo. ¿De qué manera íbamos a establecer nuestra presencia en las tierras de Castilla? Todo estaba siendo dejado al azar y, gracias a que éste nos estaba siendo favorable, los acontecimientos iban siendo enfilados con mayor o menor entereza. Pero, ¿y si no hubiéramos hallado lugar en el puerto para amarrar las naves? ¿Y si los renterianos, afales por lo general, nos hubieran recibido con hostigamientos? Más aún: ¿y si éramos agredidos por un ejército extraño? Porque, debía quedar meridianamente claro, nuestra capacidad de defensa, a pesar de las empalizadas levantadas y los hombres apostados en torno a ellas, era muy limitada. Bastarían dos mil o tres mil hombres bien armados para acabar pronto con nuestro desmotivado ejército.

La situación se había vuelto complicada. Nadie, ni los nativos ni los que de lejos habíamos arribado, sentíamos agrado por esta etapa de espera en la que nos hallábamos inmersos. Por decirlo claramente: estábamos atrapados y si Alba no llegaba pronto con lo prometido, nuestra situación se volvería precaria en exceso. Había que, a todo riesgo, tratar de subir la moral de la tropa y rezar para que los castellanos llegaran pronto.

No estos sino otros, fueron los que hicieron acto de presencia en el campamento. Al menos, la situación que sobrevino fue del agrado del Consejo y el trasiego de nobles foráneos animó las conversaciones de los hombres. Un embajador que decía hablar en nombre del rey Juan de Navarra y que tenía potestad para que su palabra fuera la de él, se había presentado, junto a unos cuantos caballeros, a nuestro Capitán General. Éste, raudo, salió del retiro al que se había sometido en el interior de su tienda y los recibió con todos los honores. Era más que probable que, en otras circunstancias, se hubiera limitado a ordenar a algún oficial que fueran debidamente atendidos sin prestarles mayor atención, pero existía tanta necesidad de que sucediera algo, que aquella visita, aquellos caballeros engalanados sobre preciosas montaduras, se aparecían ante nuestras miradas como el síntoma de que algo iba a acontecer pronto.

Y ocurrió pero, sin duda, lejos de lo que muchos hubieran deseado. Los emisarios del rey navarro nada pretendían distinto de agradar al rey de Inglaterra y ofrecer, a su grandioso ejército, todo aquello que el pequeño reino pirenaico pudiera ofrecer de buena fe. El embajador, que, además, era obispo y un hombre de fuste y presencia física suficientes, nos ofreció, desde el primer momento, lo mejor de Navarra. Insistía, constantemente, en su calidad de portavoz del rey, que lo que el ejército inglés solicitara, sería atendido con premura. Navarra deseaba lo mejor para Inglaterra y no iba a escatimar medios para complacer nuestras necesidades: alimentos frescos, ropajes, provisiones y todo cuanto fuera requerido para el buen curso de la expedición, serían dispuestos con la mayor celeridad posible y entregado sin dilación.

Dorset recibió con la mayor satisfacción las noticias. Le interesaba sobremanera el comercio con los

navarros y, sobre todo, entablar relaciones satisfactorias con su soberano y la nobleza del reino. Fehacientemente sabía, no suponía un secreto para nadie, que Fernando no simpatizaba con Juan, más bien al contrario, pero nosotros éramos hijos de Inglaterra y no teníamos que someternos a disputas ajenas. Fernando era nuestro aliado, sí, pero en esto no debía quedar implícito que sus enemigos particulares, que en nada agredían a Inglaterra ni existía disputa alguna abierta con ellos, lo fueran, al mismo tiempo, nuestros. Así que Dorset, haciendo gala de los saberes diplomáticos que le habían ayudado a ser elegido para el alto cargo que ostentaba, agradeció al embajador los ofrecimientos de los navarros y se comprometió, en caso de decidir su aceptación, a pagar el precio justo de cada una de las mercancías con las que estos nos surtieran.

Bien era cierto que Dorset sospechaba, diría, incluso, que sabía con seguridad, que, tras el ofrecimiento del rey navarro, se encontraba el miedo a nuestro ejército. Diez mil hombres preparados para hacerse a la batalla en cualquier momento afincados a las puertas de su patria, una patria que, por lo demás, se hallaba debilitada e incapaz de defenderse por sus propios medios, eran, cuanto menos, preocupantes. Así lo debían sentir los navarros y, aunque la vanidad les impedía afirmarlo con rotundidad, lo manifiestan en sus gestos. El ofrecimiento de provisión ilimitada significaba simplemente una muestra de sumisión dotada de cierta dignidad.

Por si la certeza no fuera suficiente, acto seguido apostillaron su oferta: nada querían de los ingleses; ni bienes ni beneficios. Tan sólo solicitaban una promesa, un compromiso abierto, firme y claro: que Navarra quedara fuera de nuestros objetivos militares. No lo explicitaban con naturalidad, y una y otra vez daban rodeos sobre la

misma cuestión. Me costó, y durante un buen rato sentí cierta perplejidad al no poder seguir con precisión el hilo de lo que decían y, sobre todo, de lo que callaban, entenderlo todo. Hube de intuir mucho de lo que no expresaron y sentí cómo, poco a poco y reflexionando sobre cada palabra que salía de la boca del embajador de Navarra, la realidad de su pensamiento se iba perfilando ante mí: nos temían y percibían nuestra presencia como un peligro real.

Sospeché, entonces, que los desventurados navarros no conocían la situación real. Ignoraban nuestra casi absoluta carencia de todo lo propio de un ejército invasor. No teníamos artillería ni medios para desplazarnos por territorio enemigo. En el mejor de los casos, si aún la moral de nuestra tropa fuera la adecuada, podríamos efectuar avanzadillas de reconocimiento que finalizarían con la puesta del sol. Poco más. Nuestros recursos se hallaban escasos, ínfimos podría decir en la peor de las especulaciones. Estábamos en tierra extraña con las manos desnudas y expuestos a la voluntad del rey Fernando. Pero eso, parecía, los navarros lo desconocían. Por supuesto, no seríamos nosotros quienes les sacáramos de su error.